

El pensamiento de Costa

In: Bulletin Hispanique. Tome 70, N°3-4, 1968. pp. 413-425.

Citer ce document / Cite this document :

Gil Novales Alberto. El pensamiento de Costa. In: Bulletin Hispanique. Tome 70, N°3-4, 1968. pp. 413-425.

http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1968_num_70_3_3943

EL PENSAMIENTO DE COSTA

Quiero comenzar copiando una carta inédita de Costa.

Queridos hermanos Vicenta y Tomás :

Mi enhorabuena por la boda, de la cual me alegro. Y muchas gracias a vosotros y a los padres por el ofrecimiento que me hacéis de la casa, del cual haré uso si llega el caso. Cuando vaya por ahí, os llevaré el regalo de boda.

Algunas prevenciones tengo que hacer a Vicenta. La primera, que cuide mucho a los padres de Tomás y a los nuestros (no digo nada de que cuide a su marido, porque esto ya lo hará por la cuenta que le tiene). Que vaya todos los días dos veces a casa, lo cual es de bien poco trabajo estando tan cerca, porque mi madre no se encontrará ahora, sobre todo hasta que tenga moza que la ayude. A los padres de Tomás, que procure hacerlos durar, y no ande como suelen andar suegros y yernos, como el perro y el gato, ni haga lo que en muchas casas de la montaña, donde parece que los viejos estorban y se desea que se mueran pronto. Desea, por el contrario, que vivan mucho ; que los abuelos en las casas, aunque no trabajen ya, vigilan, sirven de gran compañía, son adorno y sostén de la casa, su experiencia sirve a los jóvenes, aunque la den gruñendo — animan y estimulan a trabajar, porque mientras viven ellos, los jóvenes son jóvenes, y cuando se mueren, los jóvenes quedan ya en lugar de viejos, sin nadie que mire por ellos y por la casa de día y de noche. Sobre todo si tenéis hijos, ya veréis de cuanto sirven los abuelos. Y aunque por la edad y achaques llegasen a ser raros, sufrirlos con resignación, que más vale eso que no tenerlos. Además, que a vosotros os pasará lo mismo el día de mañana.

La segunda cosa que tengo que advertir a Vicenta se refiere al chico. Que sea para él lo mismo que habría sido su madre. Lejos de sentir que viva, alégrese de ello, considerando como una fortuna que haya quien lleve el peso de la labranza dentro de 12 o 14 años, cuando vosotros principiéis a aflojar. Para esto, claro está que tienen que ver como lo crían ; que vaya a la escuela, pero que no le ocurra seguir carrera de ninguna clase, sino que sea labrador ; que se divierta en las cosas antiguas de la villa, como ir a San Pedro, bailar en las danzas del Santo Cristo, etc. ; pero que no entre ni una sola vez en cafés ni en casinos, ni vaya a rondas, ni lleve nunca dos cuartos encima, como yo

no los he llevado, no siendo en San Miguel para comprarse romances o turrón. El llevar dinero será tentación para entrar en los cafés, y por ahí viene el hacerse los chicos vagos y señoritos y hacer dura y amarga la vida a su familia y perjudicarse a sí mismos. Esto os lo encargo mucho. A los chicos se les debe llevar hartos y limpios y comprarles todo lo que necesiten, y en los casos extraordinarios, como ferias, darles también algo de lo que venden, como juguetes, estampas, etc. ; pero fuera de ahí, no deben ver el dinero, por el bien de ellos mismos, y cuando lo vean, sea sabiendo los padres para qué es. Que no se haga escolano, ni vaya con Mosén Lucas, ni ninguna cosa parecida a esto, porque si no, hay peligro de que se aficiona a la sombra y no podáis hacer carrera de él. Vaya al campo con su padre, pero teniendo cuidado de no ponerlo a las mulas demasiado pronto y antes de estar desarrollado, como hizo Jubillar en Monzón, lo cual fue una barbaridad. Y sobre todo, que Vicenta lo trate, cuide y quiera como hijo, considerando que bastante desgracia ha tenido perdiendo la suya tan pequeño, y que tal vez ella los tendrá y se morirá dejándolos también pequeños, y hoy por mí mañana por ti.

De lo demás, no tengo que recomendaros sino mucha paciencia unos con otros. Tendréis mil ocasiones de pelearos por mil causas, como en todas las familias. No lo haríais si consideraseis que para lo que hemos de durar aquí bajo, no vale la pena reñir ni gastar mal humor. Unos cuantos años más, y todos iremos desapareciendo : por esto, no vale la pena vivir, repito, sino para hacer lo menos penosa posible la vida de los demás.

Al chico, bañarlo todo el verano, que eso ayuda al desarrollo y a que no esté enfermo ni se críc flojo.

Memorias a todos. Quedo vuestro affmo. hermano

J. Costa.

17 Mayo 88¹

Cuando Costa escribía esta carta, no había cumplido los 42 años. Podemos decir que todavía era joven, y sin embargo acaso lo que más nos sobrecoge en tan extraordinario texto es su intenso pesimismo. Y también, la enorme tradicionalidad del autor — tradición del terruño — perfectamente compatible con un apartamiento consciente de la Iglesia y de sus ministros ; y una rígida, casi desesperante, concepción de la moral.

Costa era personaje de una sola pieza, un campesino altoaragonés trasplantado a las altas esferas — los altos yermos, diría él — de la cultura nacional. Todos los rasgos señalados

1. A. H. N. Diversos. Títulos y familias. Leg. 103.

son rasgos fijos, perennes, incommovibles : con ellos iría a la tumba. Dentro del hombre famoso, del gran polígrafo, escritor incansable, seguía viviendo con fuerza inusitada el Joaquín de sus años mozos, el que saliera del pueblo no a triunfar o a medrar, sino a resolver, a través de la cultura universal, incorporándosela, los problemas de sus convecinos y de su patria.

Cuando Costa sale de Graus tiene 17 años. Hasta entonces su pensamiento se ha nutrido de la escuela regentada por D. Julián Díaz, de la morosa plática con algunos parientes y amigos y sobre todo de la minuciosa observación de todo lo que le rodea. A los 21 años, 1867, marcha como delegado obrero a la Exposición internacional de París. La vida parisina, la vida europea, le deslumbra ; pero no se convierte en un desarraigado o en un cosmopolita, sino que la confrontación con tan altos niveles de cultura le hace más de su tierra, de su pobre tierra, atrasada y dolorida. Costa publica su primer libro, *Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867* (1868), que es ya un intento de explicación total, aunque, como no podía menos de ocurrir, todavía católico.

Según su biógrafo Ciges Aparicio, en París Costa era un joven extremadamente triste, tan triste que llegó a escribir :

Je tiens pour seul espoir,
le calme du tombeau.

¿Por qué es Costa tan intensamente pesimista? Para Ciges, el pesimismo costiano arranca de su tremendo defecto físico. (Sabido es que Costa padecía atrofia progresiva del brazo izquierdo y que era un gigante de piernas delgadísimas ; cuando estaba de pie, se tambaleaba. Su defecto le hacía sufrir horriblemente). Sin desconocer el influjo que un defecto de esta naturaleza puede tener sobre la personalidad de quien lo padece, y sin desconocer tampoco lo fácil que le fue a Costa, partiendo de sí mismo, concebir a España como enfermo — seguramente bajo la influencia de Rafael Salillas, con quien le unió gran amistad² — el pesimismo nacional de Costa requiere otros orígenes.

2. Vid. Tomás Carreras y Artau, *Una excursió de psicologia y Etnografia hispanes. Joaquim Costa.*

En 1870 se traslada a Madrid, en cuya Universidad se doctora en Derecho (1872) y en Filosofía y Letras (1873). Han sido unos años de hambre y frío, de carencia absoluta de todo, pero de trabajo intensísimo, de voluntad férrea. Los títulos no van a remediar inmediatamente la situación.

Lo interesante para nosotros es que el joven doctor es adepto de la escuela krausista. En sus años universitarios se ha puesto en contacto con Cossío y Giner de los Ríos, y necesitando una ideología que acalle sus íntimos problemas — no los de tipo médico, sino los de su inserción en el mundo — Costa ha adoptado el krausismo no sólo con energía y vocación, sino con lealtad (lealtad al ambiente grato, a la amistad confortadora, a la figura extraordinaria de Don Francisco Giner de los Ríos).

Y con el krausismo, verdadero cajón de sastre filosófico, influye en Costa la Escuela Histórica del Derecho, el positivismo criminológico de Rafael Salillas, el « socialismo » (entre comillas) de Dorado Montero, etc. Es triste tener que declarar que el atrasado estado de los estudios de Historia del pensamiento español no permite, en éste como en otros muchos casos, precisar hasta qué punto se fundieron con el pensamiento de Costa las ideas de sus contemporáneos. En 1901 daba éste una lista de personas con las que se sentía *nacionalmente* identificado : Giner y Cossío, Posada y Dorado, Sales, Uña, Cajal y Calderón, Rubio, Echegaray, Pi y Margall, Piernas y Beraza, Torres Campos, San Martín y Simarro, Ibáñez, Mallada, Soler, Otero, Sardá, Unamuno, Salillas y Galdós, Salmerón, Azcárate, Labra, González, Figuerola, Benot, Alas, Troyano, Muro, Alcubilla, Arenal, Quirós, Sellés y Picón, Oloriz, Pérez de la Sala, Vargas, Estasén³, todos ellos nombres *progresistas*, digámoslo con un término genérico.

Pero tratemos de ver la cuestión con un poco más de detenimiento. Costa es desde sus comienzos profundamente patriota. Arranca de la situación social de su terruño, y siempre se siente aragonés, entusiasta de su Historia, tal como él la conoce, y solidario de sus convecinos. Su afán de totalidad, de resolver

3. Citado por M^a Dolores Gómez Mollada, *Los reformadores de la España contemporánea*, p. 342.

filosóficamente los problemas — la política vendrá después — le lleva al estudio y a la adquisición de una filosofía, el krausismo, con la que tratará de resolver los problemas colectivos que tanto le acucian. Lo grave para Costa es que esta filosofía idealista no le va a resolver los problemas, que, aun sin darse cuenta él mismo plenamente, el krausismo le va a resultar contradictorio. Preso entre dos lealtades, sus orígenes altoaragoneses y el krausismo, Costa se sumirá en la desesperación y se inutilizará a sí mismo para toda acción creadora.

¿Qué era, efectivamente, el krausismo⁴? Una filosofía alemana, injerta en España. Esta podría ser una primera respuesta, ciertamente insuficiente, pero no despreciable. Desde el punto de vista de la historia española, el krausismo fue — para decirlo de manera gráfica, pero necesariamente brutal — la digestión de la desamortización. En 1843 tuvo lugar el viaje de Sanz del Río a Alemania. Pero Sanz del Río sabía ya qué clase de filosofía iba a importar, aunque no supiese exactamente cuál; y además antes de 1843 ya se habían traducido al español algunos autores krausistas, en particular Ahrens y su *Curso de Derecho Natural*, excelente defensa del derecho de propiedad. La desamortización en 1836, como de nuevo a partir de 1854, había sido obra de los progresistas; al rechazar Sanz del Río el eclecticismo francés, tan ligado al partido moderado, era perfectamente consecuente (lo cual no impedirá a los krausistas ser conciliacionistas — obedeciendo así a una profunda voluntad nacional de paz — es decir, eclécticos, pero desde bases progresistas). La nueva clase social que, gracias a la desamortización, aspiraba a gobernar el país, necesitaba paz — no más guerras carlistas — y progreso, sociedad civil, incluso ciencia. La ideología krausista llenaba todas estas exigencias.

Las implicaciones liberales de la nueva filosofía llevarían a los krausistas, tan tradicionales y aun tradicionalistas por tantos extremos, al choque con la Iglesia. Pero esta misma exigencia liberal, la libertad de conciencia esencial al krausista, el racionalismo, armónico, es verdad, pero racionalismo a fin de cuentas,

4. Vid. *La filosofía krausista en España*, tesis doctoral de Eloy Terrón Abad; resumen en *R. U. M.* 7, 1958.

con que pretendían construir su ciudad ideal — sobre la base de igual propiedad — convertiría a las individualidades krausistas en ejemplos de moralidad, de vida idealizada y un tanto ensoñadora. El krausismo sería así un abanico de pensamientos, abierto al futuro, y en algunos casos muy concretos el pensamiento libre de sus representantes llevaría a mellar las bases del sistema; incluso el socialismo será posible dentro de la escuela, ya convertida en ejemplo de moralidad y alta pedagogía, y vagamente olvidada de sus orígenes metafísicos.

Costa, entusiasta de las ideas jurídicas de Giner — sobre las que construye las suyas propias — y de los métodos pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza — fundada en 1876 — tendría dentro de esta filosofía idealista comportamiento particular. También él quería conciliar, pero no tanto las ideas, cuanto la filosofía en conjunto con el pueblo del que él mismo procedía. Ahora bien, esta filosofía en conjunto no podía resolver los problemas sociales; por el contrario, era expresión del fenómeno socio-económico, la desamortización, que más los había agravado. Por eso no sólo su desesperación, la de Costa, sino sus frecuentes ataques a los partidos liberales, por la incomprensión absoluta de estos partidos ante la vida popular y sus necesidades.

Del krausismo recogió Costa fundamentalmente la exaltación del Derecho; creyó en la misión salvadora del Derecho, verdadero « ideal de la Humanidad para la vida ». En igual sentido obró la influencia de la Escuela Histórica, la de Savigny. Era esta Escuela Histórica, fundada en 1815, un movimiento reaccionario — contra las ideas de la Revolución francesa — pero dialécticamente necesario. Su introductor en España fue un personaje conservador, Don Pedro José Pidal, precisamente en ese año que parece predestinado de 1843, y sus doctrinas encontrarían albergue especialmente entre los juristas catalanes, Durán y Bas y otros. Sin embargo la primera noticia española sobre la Escuela Histórica es muy anterior a 1843: en 1820 *El Censor* publicó un artículo sobre esta cuestión⁵. Es sintomá-

5. Artículo en *El Censor*, tomo II, nº 7, 16 de Septiembre de 1820, p. 67-79, en el que se da cuenta del libro *Vom Beruf unsrer Zeit für Gesetzgebung und Rechtswissen-*

tico que haya sido un órgano reaccionario el primero en hablar en España sobre la Escuela Histórica; mientras los periódicos avanzados incluyen noticias sobre Owen o Lamark⁶. El increíble desconocimiento del Trienio Liberal nos ha llevado a todos a decir que la Escuela Histórica en España es cuestión de la segunda mitad del siglo XIX. No obstante, acaso realmente sea esto cierto, y la noticia de *El Censor* quedase perdida y aislada, sin continuación posible en la década ominosa y los años de la guerra civil.

Sea como fuere, la Escuela Histórica pretendía espiritualizar el Derecho al contacto con una vaga entidad llamada pueblo, o más exactamente *Volksgeist*. Era un movimiento romántico. A Costa le sugirió — o le reforzó — su interés por el Derecho consuetudinario, que le acercaba otra vez a sus orígenes; y le aumentó — con apoyo intelectual — su patriotismo, su intenso sentimiento nacionalista. Junto al germanismo de la Escuela Histórica corre el españolismo de Costa, mientras que rechazaba la posterior desviación romanista de Savigny.

Con estos elementos el pensamiento de Costa se hizo íntimamente contradictorio. Trató de superarlo, pero a mi entender nunca lo logró. Rechazaba las « peligrosas abstracciones de la Revolución francesa », pero se sentía profundamente liberal; quería resolver los problemas sociales de su patria, pero creía en el Derecho; atacaba a la desamortización, pero era krausista. Desconfiaba de los abogados, de las clases medias, pero a ellas apelaba para hacer su revolución. Entendía que la revolución era necesaria y urgente en beneficio del pueblo, pero cayó en eso de la revolución desde arriba; cuando quiso organizar un partido, sólo consiguió organizar una Liga, que muy pronto serviría para las ambiciones de hombres carentes de la estricta moralidad que él poseía. Fracasó por tanto, y su enigmática figura ha servido para que unos y otros aten su cadáver al carro de sus intereses particulares.

chaft, von F. C. von Savigny, Professor der Rechte an der Königl Universität zu Berlin, etc.

6. Vid. *Examen imparcial de las nuevas ideas de Roberto Owen y de sus establecimientos en Escocia*, en *El indicador de las novedades, de los espectáculos y de las artes*, n° 131, 15 Septiembre 1822, p. 671-672. Y sobre Lamark, *El Conservador*, n° 147, Agosto 1820.

Y sin embargo, su rígido moralismo individualista, su apelación a la opinión pública, su liberalismo de clase media y vocación popular, su intenso patriotismo y nacionalismo, su repetido contacto con el pensamiento alemán, hacen de Costa un jacobino de raíz fichteana, un jacobino a destiempo (con el atraso espantoso de nuestro país). No quiero decir que sea Fichte la influencia predominante en Costa, dentro de la filosofía alemana. A lo que apunto es a una semejanza de situación, y en definitiva a una nueva contradicción de la grandiosa y pobre — los dos adjetivos a la vez — figura de Costa. Sabido es que entre los grandes pensadores alemanes que vieron con simpatía y comprensión histórica la Revolución francesa, Fichte es el único entusiasta del 93. Pero al querer construir filosóficamente los principios jacobinos, partiendo de la realidad atrasada de su pueblo, Fichte concibe en realidad una filosofía nacionalista reaccionaria; aunque por otra parte sea un eslabón imprescindible en la cadena idealista que lleva de Kant a Hegel — y por ello es también progresivo, ya que el Idealismo alemán es el esfuerzo mental necesario para que sobre él se fundamente el pensamiento marxista — lo mismo podríamos decir de la Escuela clásica de Economía política y de la propia Revolución francesa.

Este jacobinismo ideológico de Costa arranca de sus años mozos, de su Aragón nativo, del sentimiento de fraternidad, de ayuda al humilde y al menesteroso, que es en Costa nota perpetua, y se ve alimentado a través del krausismo por su contacto con el pensamiento alemán. Cuando Fichte escribía, Alemania era un país social e industrialmente atrasado, un país que apenas estaba saliendo de la era feudal. Cuando Costa escribe, España era también un país atrasado y semifeudal — Costa será el primero en señalarlo y en denunciarlo estentóreamente. Es consciente de que su actitud ha tenido un precedente nacional, minoritario pero intenso, en las dos primeras épocas constitucionales; que después quedó enterrado, y su renacimiento es consecuencia de la revolución del 68. Aproximadamente en medio siglo, el país se ha repuesto, y se ha lanzado otra vez a la revolución. Ahora bien, en lo que a las clases medias

respecta, esa revolución es krausista, quiero decir, exponente de la clase entonces ascensionista, que busca hacerse con el poder. Pero en la segunda mitad del siglo XIX ya la clase obrera y campesina española está organizada, o se está organizando, y a través de socialismo y anarquismo buscará su propia revolución. Costa no se sumará a ninguno de estos movimientos, Costa no puede ser sin más un proletario. Rechaza el socialismo, fundamentalmente porque Costa no comprendió nunca la sociedad industrial moderna — ésta es su más grave deficiencia. Para él, el pueblo es el pueblo agricultor. Aunque gran parte de su doctrina se aproxima al anarquismo, e incluso ve con simpatía el movimiento, lo rechaza también, preso en sus orígenes liberales. Su revolución predicada será la de las clases neutras, es decir liberal popular agraria : el sentimiento será jacobino, pero se rechaza la violencia, la sangre.

La revolución costista, enérgicamente deseada, será imposible. Costa se debatirá como un león enjaulado, y se desfogará apostrofando al país y a sus hombres. Veamos un fragmento de una carta inédita de Costa a Rafael Altamira, escrita el 26 de noviembre de 1897 (por no dar textos ya conocidos) :

... aquí [en España] no hay jóvenes, ni viejos, ni aspiración, ni pensamiento, ni sentido, ni tendencias, ni patriotismo, ni patria, ni vergüenza : no hay más que una sucesión de sombras ; sombras vanas, hinchadas, egoístas, replegadas sobre sí mismas como para escucharse. Las corrientes que Vd. señala denuncia⁷ me parecen movimientos vermiculares de algún músculo que ha escapado a la degeneración grasienta por azar o por su comercio con Europa. Un islote que emerge de la charca. No tenemos patria intelectual ni política ; sólo el individuo vive, y ése, o duerme y no piensa y se deja expoliar, befar y arrastrar cobardemente al matadero, o piensa demasiado y está enfermo del corazón, hecho piedra, como los ojos vidrio, sin una sólo lágrima, no acordándose de sus hermanos, que lloran, para consolarlos y redimirlos, sino para engañarlos con el señuelo de la redención, a fin de que lo glorifiquen; la gran pasión del español en nuestros días ! No puedo ver una levita en funciones, lo mismo si es joven que si está raída, sin figurárseme que dentro de ella va un dios-Praphón, un dios-Weyler. Todos redentores, todos arbitristas, ningún apóstol, ningún prudente : el reino de Dios, máscara, la añadidura objetivo : intus

7. Se trata de un borrador. Costa escribió *denuncia* en cima de *señala*, sin tachar después la forma definitiva.

Nero, foris Cato, que decían los romanos. Con un organismo social sano, como Inglaterra, los individuos no se podrían atrever a jugar y divertirse con él : sólo donde ya se cae a pedazos, las deutero-células disgregadas e invadidas de tantas electricidades negativas diferentes como son ellas, se dan « a jugar a los partidos » a soñar con taifas a pretexto de todos de contener la putrefacción y resucitar al muerto⁸.

Después dice que España necesita un partido de San Franciscos de Asís injerto en Bismarcks. Costa buscaba salir de su desesperación, insisto, no privada, sino nacional. Habrá un Costa reaccionario — por deficiencias ideológicas — evidentemente, el que ofrece soluciones ; pero habrá también un Costa enormemente progresista, el que denuncia con valentía las llagas sociales de su época y de su patria.

Cuando se habla del famoso *cirujano de hierro*, se olvida con excesiva frecuencia que Costa llegó a pensar en él precisamente para curar las llagas sociales, no para aumentarlas o conservarlas. Se trataba de un cirujano liberal : después de su actuación, España, ya curada, practicaría el siempre admirado liberalismo a la inglesa.

Queda por tratar un aspecto grave del pensamiento de Costa : su vocación africana. Desde 1877 aparecen en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* colaboraciones de Costa, en las que se ocupa de problemas africanos : papel de España en aquel continente, destino amenazado de las colonias portuguesas (es decir, ibéricas), cuestiones científicas, etc. En 1883 pronunció el Discurso inaugural del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, y fue miembro fundador de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, nacida como continuadora de las tareas del Congreso. Después intervino en el mitin del teatro Alhambra (marzo 1884), convocado para estudiar las relaciones hispano-marroquíes, etc.

¿De qué habló Costa en todas estas ocasiones? De cultura, fraternidad, regeneración. Piensa tanto en Africa como en España, y se muestra pesimista. En su Discurso en el Congreso de Geografía, recogido parcialmente en *Bile* con el título de *Una ley de nuestro pasado*, decía :

Somos el pueblo de las grandes iniciativas y de los grandes presenti-

8. A. H. N. Diversos. Títulos y familias. Leg. 103

mientos, y, sin embargo, por una especie de misteriosa e incomprensible paradoja, caminamos siempre a la zaga de las demás naciones. Los grandes progresos, las grandes invenciones, los grandes ideales, se han iniciado en la Península, y la Península ha sido también la primera en volverles la espalda y relegarlos a perdurable olvido; los grandes retrocesos sociales, los grandes absurdos políticos, los grandes crímenes de la humanidad (como la inquisición, la esclavitud, el sistema mercantil) se han iniciado igualmente en nuestra España, y, sin embargo, España ha sido la más tenaz en conservarlos y la última en abolirlos⁹.

Gonzalo de Reparaz calificaba al discurso de brillante y sugestivo, « aunque no del todo libre de influencias perturbadoras¹⁰ ». En el Discurso del Alhambra afirmaba Costa :

« Los marroquíes han sido nuestros maestros, y les debemos respeto; han sido nuestros hermanos, y les debemos amor; han sido nuestras víctimas, y les debemos reparación cumplida »¹¹

Reparaz comentaba este nuevo discurso :

« Téngolo por el mejor de los muchos y muy hermosos que por aquellos años le oí; pero de tal modo se esforzó en probar la consanguinidad y la comunidad histórica de españoles y marroquíes que pienso nos hizo gran disfavor, pues aquellas mismas consanguinidad y comunidad, llevadas al punto que él quiso llevarlas, nos descalificarían para la labor de maestros y regeneradores de nuestros vecinos africanos¹² »,

es decir para convertir a España en potencia colonial. Poco después decía Costa en el Ateneo de Madrid :

« España debe transformar a Ceuta, Melilla e Ifni en poblaciones civiles de importancia, con propios elementos de vida (puertos, ferias, arsenales, carreteras, agricultura, etc.), y en focos activos de cultura (escuelas bilingües, etc.); debe rehabilitar a la raza berberisca » ... « garantizando, además, al Moghreb entero su independencia y la integridad de su territorio. Así volverá España a ser nación civi-

9. *Bile*, nº 165, 31 de Diciembre de 1883, p. 380-382.

10. *Política de España en Africa*, 1907, p. 264.

11. Citado por G. de Reparaz, *Páginas turbias de Historia de España...*, p. 317. Cita también y combate este texto Gabriel Maura Gamazo, en *La cuestión de Marruecos*, 1905, p. 46-52. Para Maura : « Los españoles y los marroquíes somos incompatibles en el Rif, porque los rifeños son bereberes. Si algún día ha de ser nuestra la costa berberisca, habremos de expulsar de ella a sus actuales pobladores » (p. 52).

12. Reparaz, *Política...*, p. 271.

lizadora y creadora, y habrá suministrado a su vida ideales de que carece, y asegurará sus fronteras meridionales contra las eventualidades del porvenir. Los intereses de España y de Marruecos son harmónicos¹³ ».

Bien es verdad que este párrafo iba dirigido contra el colonialismo francés, pero el texto es claro, muy diferente de lo que sostendría, por ejemplo, un Maura Gamazo¹⁴.

En vista de esta actitud, de las precisas palabras citadas, ¿podemos decir que Costa fue promotor de la política colonial de España en Africa? Creo sinceramente que sí, que una vez más se engañó a sí mismo, y se hizo intérprete de la *misión civilizadora*, atribuída a las potencias europeas en los países que hoy llamaríamos del Tercer mundo; misión civilizadora que había sido enunciada en 1869 por un ilustre poeta y hombre de izquierdas francés, de grandes contactos con España: Víctor Hugo¹⁵. Pero cuando esta política empezó a tomar cuerpo, después de la Conferencia de Algeciras (1906), Costa le negó totalmente su apoyo, rechazando además que esa política intervencionista tuviera nada que ver con sus ideas de 1884¹⁶. En 1908, ya es sabido, realizó su último acto público: la marcha a Madrid para informar contra la ley de represión del terrorismo. Acaso tengamos que decir, para terminar, que en sus logros y fracasos, en sus juicios acertados y en sus autoengaños, Costa, hombre

13. Id., *ibid.*, p. 279-80.

14. Vid. nota 10.

15. *Actes et Paroles, Pendant l'Exil*, 1870, II. Vid. Yves Benot: *Rimbaud à la lumière de l'Afrique*, en *La Pensée*, nº 136, Diciembre 1967, p. 110.

16. En el A. H. N., Diversos, Títulos y familias, Leg. 106, bajo el epígrafe *Biograph.*, se encuentra el siguiente texto: « Mis ideas políticas de 1884 son tomadas como argumento a favor de la política de 1907: 1º Política hispano-marroquí: vid. el arto del Extraordinario a *El Ribagorzano* Set. 1907, reproducido por *El País* (tiene carpeta en el piso 2º. 2º Política naval: mi ponencia de 1883 o 1884; y Moret en el Congreso el día 27 de Nov. 1907: « Ya el ilustre Costa dijo hace años que España necesita gastar muchos millones en Marina. A eso nos atenemos... » Pero lo dije en el supuesto del estado que nos daba entonces la historia. Entonces no hizo caso la nación, y lo hacen las Cortes cuando se ha hecho tarde, cuando Vdes. lo han destruido todo. También Maura era contrario a gastar en escuadra *entonces*. ¡ y es él mismo quien defiende que se debe gastar *ahora*, tardíamente! y quien obtiene por tres acorazados y unos torpederos 200 millones de las Cortes! Ver su discurso del Congreso del mismo día 27. Y reconociendo que la opinión es contraria a eso, que lo hace a pesar de la opinión. La opinión hace en este caso política *orgánica*; ellos, política *mecánica*. Por ella se hundió España y seguirá con buques más hundida. ¡ Infames! Republicanos, carlistas, solidarios, están con Maura. Vid. mi trabajo denunciado sobre la escuadra en *El País* de de [sic] 25 Dic. 1907 » (el texto no lleva fecha).

contradictorio, verdaderamente agónico en el sentido unamuniano de esta palabra, fue siempre hombre de su tiempo.

ALBERTO GIL NOVALES.

Facultad de Ciencias económicas, Madrid.

BIBLIOGRAFÍA.

- BENOT, Yves : *Rimbaud à la lumière de l'Afrique*, en *La Pensée*, nº 136, Diciembre 1967, p. 101-116.
- CARRERAS ARTAU, Tomás : *Una excursió de psicologia i etnografia hispanes. Joaquín Costa*, Barcelona, 1918.
- CIGES APARICIO, Manuel : *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, 1930.
- CHEYNE, G. J. G. : *Altamira, corresponsal de Costa*, en *Bulletin Hispanique*, tomo LXVIII, nº 3-4, Julio-Diciembre 1966, p. 357-364.
- CHEYNE, G. J. G. : *La Unión Nacional : sus orígenes y fracaso*, en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, 1967, p. 253-263.
- GIL NOVALES, Alberto : *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*, Madrid, 1965.
- GIL NOVALES, Alberto : *El problema de la educación popular, según una memoria inédita de Costa*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 194, Febrero 1966, p. 259-267.
- GÓMEZ MOLLEDA, M^a Dolores : *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, 1966.
- LÓPEZ MORILLAS, Juan : *El krausismo español*, Méjico, 1956.
- LUKACS, Georg : *El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*, trad. esp. de Manuel S. cristán, Méjico, 1963.
- MAURA GAMAZO, Gabriel : *La cuestión de Marruecos, desde el punto de vista español*, Madrid, 1905.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael : *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, 1966.
- REPARAZ, Gonzalo de : *Política de España en Africa*, Barcelona, 1907.
- REPARAZ, Gonzalo de : *Páginas turbias de Historia de España que ahora se ponen en claro*, Madrid, s. a. [1926].
- TERRÓN ABAD, Eloy : *La filosofía krausista en España. Condiciones sociales que determinaron su importancia, difusión y arraigo*. Tesis presentada en la Universidad de Madrid : resumen en *R. U. M.* 7, 1958, p. 498-499.
-